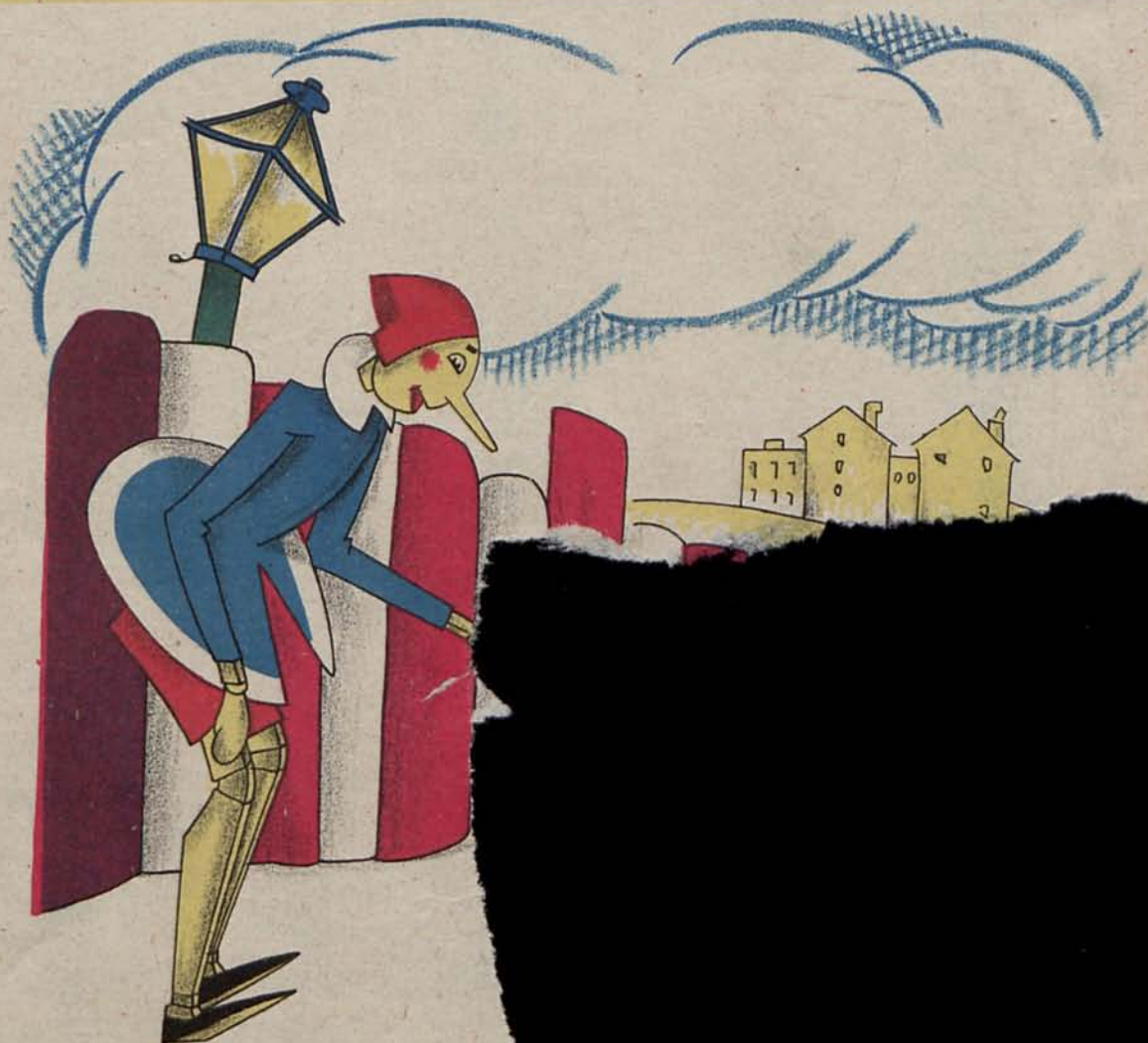


PINOCHO

AÑO. III
NUM. 148

25 cts

18 DICIEMBRE
1927



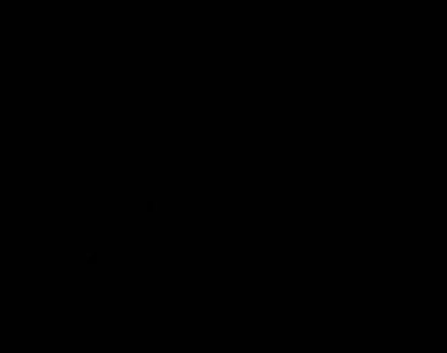
- ESTA NOCHE HE SOÑADO QUE
- PUES PARA QUE VEAS QUIEN
CON ELLOS, TE LOS REGALO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



LA BALLENEA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Precisamente entre el primer islote y la punta extrema del promontorio perfilábase una gran mancha oscura, que ora aparecía a flor de agua, ora se sumergía.

—Es la ballena —murmuró el capitán—. Ha escogido un mal sitio, erizado de peligros para darle caza; pero Klass es un buen arponero y no la dejará escapar.

Bajó a cubierta y dió sin más la orden de «botes al mar!».

Dos largos botes, de una extraordinaria solidez, fueron en seguida descendidos con las grúas y en cada uno de ellos tomaron asiento seis hombres, o sea un arponero, un timonel y cuatro remeros.

Esa clase de barcos son dirigidos por un largo remo, mucho más eficaz que los usuales timones; y llevan dos arpones, consistentes en una especie de lanzas con los cortes muy afilados y gruesos de en medio, unas lanzas de hoja plana y forma redondeada y varios cables de unas cuatrocientas brazadas de longitud.

Klass, en su calidad de arponero jefe, se adelantó en esguida con su chalupa, mientras la otra se iba hacia alta mar para cerrar el paso a la ballena en el caso probable de que tratase de escapar en dicha dirección.

—¡Muchachos! —gritó Klass, que ya había agarrado el arpón—. ¡En guardia!

Cuando hay un ballenato, la lucha resulta diez veces más peligrosa.

—Ante todo, tratemos de sorprender a la madre mientras esté comiendo.

—Será un poco difícil —dijo el timonel, un dinamarqués gigantesco, que tenía fama de ser uno de los mejores pilotos del Océano Ártico—. No obstante, lo intentaremos, Klass.

La chalupa había atravesado la bahía y se acercaba al promontorio para llegar a los islotes, detrás del cual debían ocultarse la ballena y el ballenato.

Los remeros habían disminuido la velocidad y avanzaban

poco a poco para no llamar la atención del cetáceo, que suponían ocupado en tragar millares de langostinos en compañía de su cría.

Klass, de pie en la proa, con el arpón en la mano, trataba de descubrirla, pero aún no lo había conseguido.

Cuando la chalupa llegó junto al primer islote, Klass dió una orden breve y enérgica: ¡alto!

Entre el promontorio y los islotes había aparecido de pronto la ballena, a corta distancia del ballenato, una cría que no

medía menos de siete metros de longitud.

El cuerpo del monstruoso cetáceo estaba semisumergido; su masa imponente, cubierta de una piel brillante y untuosa, iluminada por el sol, relucía cual inmenso huso de acero.

De cuando en cuando, de los respiraderos situados en la parte alta de la enorme cabeza, surgían con fuerte ruido dos columnas de vapor blanquísimo, las cuales, después de haberse elevado unos cuantos metros, se deshacían, dispersándose en numerosas gotas oleaginosas.

La ballena no había advertido aún la presencia de sus enemigos. Nadaba lentamente, abriendo sin cesar la enorme boca y tragando su sopa, por-

que aquellos bancos de crustáceos son llamados precisamente por los marineros *sopa de las ballenas*.

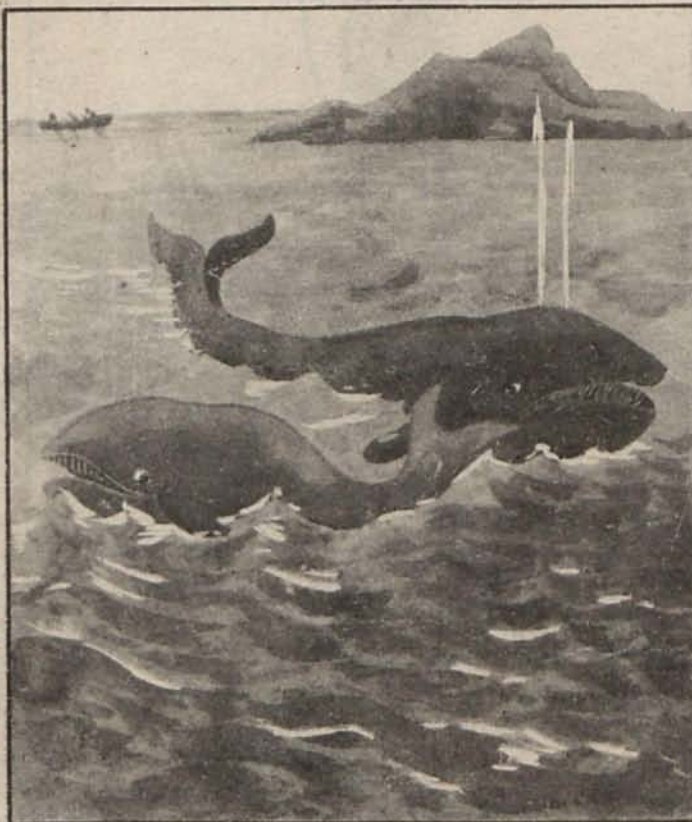
El ballenato, ya harto, jugueteaba en torno de su madre, dando volteretas y levantando con la cola, ya muy fuerte, grandes olas, que iban a estrellarse, rugiendo, en el promontorio y los islotes.

—¿Qué te parece, timonel? —preguntó Klass al gigantesco dinamarqués.

—Me parece que no ha de ser difícil sorprenderla.

—Lo que me preocupa es el ballenato. Apenas descubra nuestra presencia dará la alarma y su madre nos hará frente.

—Si no trata de escapar hacia alta mar.





—Nuestros compañeros avanzan ya hacia los islotes y estarán prontos a cortarles el paso.

—Entonces sigamos, Klass —dijo el piloto—. ¿Estás preparado?

—El arpón me está quemando la mano.

—Lánzalo en seguida y no yerres el golpe.

—Estoy seguro de mi brazo.

La chalupa se puso de nuevo en marcha, avanzando en silencio, mientras la otra, que había llegado ya al primer islote, ocultábase detrás de una roca, pronta a adelantarse en el momento de la lucha.

Klass, con la pierna derecha metida en una especie de canal que se encuentra en todas las chalupas balleneras, había levantado el arpón y lo hacía oscilar hacia adelante y atrás para imprimirle mayor impulso.

Había atado a la argolla la cuerda de cuatrocientas cincuenta brazadas de largo.

La chalupa llegó pronto a unas treinta brazadas de la ballena sin que ésta, atenta a tragar su colación, lo hubiera advertido.

El ballenato, en aquel momento habíase alejado de su madre, jugueteando junto a los islotes.

Era el momento propicio.

Klass alzó el arpón y lo lanzó con todas sus fuerzas.

La pesada lanza salió silbando y fué a hundirse en el costado derecho del cetáceo, en un sitio rico en tendones y músculos, un poco delante de la aleta.

Un instante después el pobre gigante de los mares lanzó una nota metálica, retumbante, agitó locamente la cola, levantando dos olas inmensas, y se sumergió de golpe, formando en la superficie un ancho vórtice.

—¡Tocada! —gritaron los marineros.

—Silencio —dijo el piloto—. ¡Cuidado a las olas!

La chalupa había hecho rápidamente marcha atrás para no ser volcada por el oleaje levantado por la potente cola de la ballena yendo a refugiarse entre los islotes.

Una viva ansiedad se había apoderado de todos, aunque aquellos marineros estuviesen preparados contra las más terribles sorpresas.

Sobre todo, Klass se había puesto muy pálido.

—Que nadie hable —había dicho, preparando un segundo arpón.

Al ver hundirse a su madre, también el ballenato se había metido bajo al agua. Comprendía que le amenazaba un gran peligro.

La segunda chalupa, entretanto, avanzaba lentamente para ir en auxilio de la primera.

Pero se mantenía algo lejos, por no saber por dónde había desaparecido el cetáceo.



—¡Mirad! —dijo de pronto Klass—. ¡La ballena está a punto de salir a flote!

Pocos instantes más tarde, a unos cincuenta metros de la chalupa, apareció un punto negruzco, el extremo del hocico; después surgieron los surtidores, y, por último, de golpe, la masa inmensa del animal, produciendo una gran oleada circular.

La ballena volvía a flote furiosa por la herida recibida. Llevaba aún clavado en el costado el arpón que Klass la había lanzado tan diestramente y la herida manaba sangre en abundancia, enrojeciendo el agua.

Al ver la chalupa, con un coletazo alejó a su cría, invitándole con aquella bruta caricia a ponerse en salvo, y

en seguida precipitóse hacia el bote, lanzando rugidos formidables.

El piloto había gritado en seguida:

—¡Pronto! ¡Bogad de firme!

La chalupa, con un movimiento fulminante, se sustrajo al asalto del gigante y fué a refugiarse detrás de otro islote.

El cetáceo, ciego de rabia y de dolor, corría locamente, removiéndole el mar con su terrible cola.

Erguía, surgiendo casi a medias del agua, se dejaba caer con estrépito, después volvía a flotar y se retorció, tratando de arrancarse el arpón, el cual, por el contrario, se había metido más profundamente en sus carnes.

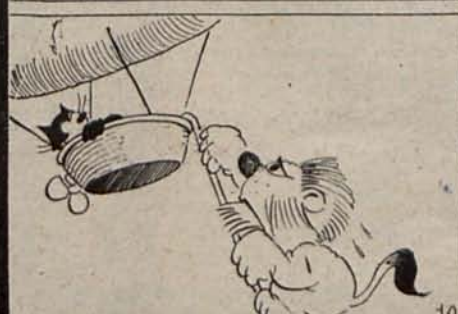
—Tratemos de cortarle los nervios de la cola —dijo Klass, viendo que el gigante no daba señales de debilitarse.

(Concluirá en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



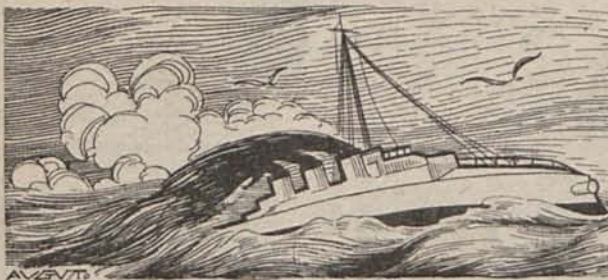
© 1927, by King Features Syndicate, Inc.
Cuarto de la propiedad intelectual

8-28

11

PAT SULLIVAN

12



EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación.)

Como no es de suponer que esto tuviese lugar a causa de una excesiva simpatía por tal número, todos los desocupados de las casas adyacentes observaron con curiosidad a los dos desconocidos.

Uno de ellos tenía aspecto muy distinguido y podía ser tomado por algún rico banquero, a juzgar por la barba majestuosa y aristocrática y el impecable abrigo que modelaba su cuerpo.

El otro tenía un aspecto más bien vulgar, el tipo extranjero, y parecía un joven marinero vestido con el traje de los días festivos.

Estos fueron los comentarios hechos a costa de los dos, mientras se detenían a pocos pasos de la entrada del número 73.

—¿Es aquí? —preguntó el supuesto marinero a su compañero.

—Sí.

—¿Qué tengo que hacer?

—Entra y pregunta al portero en qué piso vive el señor Renato Touchet, funcionario jubilado.

—Bueno.

—Lo demás ya lo sabes.

—No temáis, lo sé perfectamente.

—Ea, adentro.

—Diga, ¿dónde nos encontraremos?

—Es verdad; me encontrarás en la fonda de los Españoles, en la calle Lancry; tenlo bien en la memoria, y preguntarás por...

—Germán Vernet, lo recuerdo bien, puede estar tranquilo.

—En marcha entonces.

Germán Vernet, o digámoslo en seguida, puesto que se ha adivinado, Rodolfo de Barenval en persona, pero bajo aquel falso nombre y con el rostro tan hábilmente transformado que resultaba imposible de reconocer, prosiguió su camino, mientras su interlocutor entraba en el portal de la casa en cuestión.

Dejemos al comandante del *Torpedero de presa* y dejemos al otro en su secreta misión.

El portero, al verle aparecer desde la ventanita de su caseta, levantó la cabeza, tocándose apenas la gorra con la mano, y mirándole con aire escudriñador y casi hostil.

—¿El señor Renato Touchet? —preguntó el desconocido, saludando.

—¿A quién busca?

—Ya se lo he dicho, al señor Renato Touchet.

—Ya lo había entendido.

—Me alegro tanto; ¿dónde vive?

—Aquí.

—¿En qué piso?

—En el tercero, escalera de la izquierda, la primera puerta de enfrente; verá una placa de bronce con el nombre.

—¿Está en casa?

—Sí.

—Gracias.

El portero volvió a llevarse la mano a la gorra y observó con el rabllo del ojo cómo el joven subía de dos en dos

los escalones, volvía a mano izquierda y desaparecía; después dejó caer de nuevo la cabeza.

El desconocido se detuvo en la puerta indicada y vió en seguida la placa de bronce con el letrero siguiente:

«RENATO TOUCHET

Empleado jubilado.»

—Ya hemos llegado—dijo—. Buscó con la mano derecha el cordón de la campanilla, dudó un momento y dió un tirón.

Al sonido siguió un breve silencio. Por fin oyéronse ruidos de pasos detrás de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Amigos.

—¿A quién busca?

—Al señor Touchet. ¿Está en casa?

—Sí. ¿A quién tengo que anunciarle?

—A un marinero inglés que tiene que comunicarle importantes noticias.

—Espérese.

La mujer callóse, se alejó y volvió a los pocos momentos; abrió la puerta, dejando ver la robusta mole de la sirvienta de casa de Touchet.

—Entre usted—dijo.

El joven entró y se dejó conducir a un saloncito, amueblado con la elegante sencillez que indica siempre la presencia de unas manos cuidadosas, guiadas por un sentimiento artístico.

—En seguida saldrá el señor—dijo la criada retirándose.

En efecto, el señor Touchet presentóse poco después.

—¿Preguntaba usted por mí? —dijo dirigiéndose al joven visitante.

—Sí, señor.

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Cosas que le interesan en extremo.

—¿Es usted inglés?

—Sí, señor Touchet, me llamo Guillermo Jones y soy marinero.

—Tome usted asiento.

Los dos hombres sentáronse uno frente al otro, y se observaron en silencio durante un rato.

Por fin el señor Touchet reanudó el interrumpido coloquio.

—Señor Jones—dijo—tengo curiosidad por conocer lo que quiere comunicarme...

—Es muy natural. Usted hasta hace pocos meses ha desempeñado el cargo de director del presidio de Nou, en la Nueva Caledonia, ¿verdad?

El señor Touchet palideció ligeramente y bajó la cabeza como para ocultar la emoción dolorosa de un triste recuerdo.

—Es verdad—contestó—. ¿Y sabe usted por qué no sigo desempeñando el cargo?

—Sí; fué usted jubilado a causa de la fuga extraordinaria de seis audaces reclusos, guiados por...

—Rodolfo de Barenval.

—Precisamente.

—Está usted muy bien informado.
—Aun se convencerá más de ello dentro de poco.
—¿Qué quiere usted decir?
—Escúcheme y perdóneme si me veo obligado a recordarle otra circunstancia más triste aún, que se relaciona con su estancia en aquella isla...

El ex director arrugó el entrecejo.

—No sé a qué puede referirse.

—Me explicaré.

—Hable.

—Cuando fué usted destinado a la Nueva Caledonia, ¿quién le acompañaba?

—Mi hija adoptiva...

—¿Solamente?

—Tiene usted razón. Nos acompañaba mi pobre esposa, la madre de Maud Campbell, muerta, ¡ay de mí!, en circunstancias muy tristes... porque... porque... ¡Ah, señor! ¿Con qué fin despierta en mi tan dolorosos recuerdos?

El señor Touchet se pasó su mano derecha, temblorosa, por los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto.

Guillermo Jones esperó en silencio.

—Perdóneme —dijo por fin, ya más aliviado, el ex director del presidio de Nou—. ¡He sufrido tantas desgracias!

—¡Pobre señor!

—Le agradezco su interés.

—Si le molesto...

—Ya pasó. Haga el favor de proseguir...

—El joven marinero inglés acercó su silla a la del señor Touchet.

—Dígame, ¿su esposa desapareció misteriosamente?

—Sí.

—¿Toda tentativa de encontrar el cadáver resultó inútil?

—¡Así fué, desgraciadamente!

—¿Y la ha llorado como muerta?

—¡Oh, sí! de un modo inconsolable, porque la quería muchísimo.

Guillermo Jones permaneció en silencio unos instantes y después de repente, mirando fijamente al ex director de Nou, le dijo:

—Señor Touchet, ¿tiene usted sangre fría?

—Bastante.

—Pues bien, haga uso de ella para conservar toda su tranquilidad.

—En nombre de Dios, explíquese, pues estoy como sobre carbones encendidos.

El joven marinero sacó de su bolsillo un sobre cerrado y lo entregó al ex director, diciéndole:

—Haga el favor de abrirlo y leer.

—Pero...

—En él encontrará la razón de mi visita.

—Veamos, pues...

El señor Touchet, agitado y febril, rasgó el sobre, desdobló el papel que contenía y echó una impaciente ojeada en las primeras líneas del escrito.

Una densa palidez decoloró su rostro.

—¿Quién le ha entregado esta carta? —preguntó con voz alterada por la emoción.

—Mire la firma.

Rápidamente el ex director de Nou volvió la hoja y corrió la vista al final de la página.

Leyó un nombre y se puso en pie de un salto, lanzando un grito:

—¡Dios mío!, ¿pero es posible?... ¿no es un engaño?

—murmuró, apretando entre sus trémulas manos su frente blanca como el marfil y sin pelo.

En aquel momento abrióse la puerta y apareció en el umbral la figura de una mujer joven y bonita, que quedó inmóvil durante unos segundos, cual maravillosa pintura dentro de un marco.

Era Maud Campbell, vestida de oscuro, con encantadora

sencillez, y más hermosa, amigos míos, más encantadora que cuando la conocimos en aquella horrible isla de penitencia que se llama Nueva Caledonia.

Su fresco cutis, que el fuerte sol del Pacífico había dorado suavemente, aparecía blanco y encarnado, bajo el rubio de los cabellos, peinados con aquella gracia modesta y hábil que no puede suministrar la moda, sino solamente un gusto artístico y exquisito.

Guillermo Jones quedóse en la postura, muy característica, y sin embargo frecuentísima, con que la mayoría de los hombres expresan el asombro, y permanecía inmóvil, con la boca y los ojos abiertos y los brazos rígidos a lo largo del cuerpo.

Por fin expresó mentalmente, y de un modo más concreto, su opinión pensando:

¡Demonio, es un bocado de príncipe! ¡Me alegro por mi capitán!...

Todo esto, que nosotros hemos necesitado tantas palabras para contarlo, tuvo lugar en cuatro segundos.

Después Maud Campbell acercóse al que consideraba como a padre y le dijo con gracia infinita:

—Perdóneme, padre; he oído un grito, y ante el temor de que le pasase algo he entrado... ¿Le estorbo?

Entretanto el señor Touchet se había repuesto de la emoción experimentada.

Cinó con un brazo el hermoso cuello de Maud y besándole paternalmente la frente, le contestó:

—Te agradezco tu preocupación, hija mía; pero puedes estar tranquila no es nada, un poco de emoción por una noticia que me ha trastornado por completo.

—¿Aún más tristes noticias? —preguntó la joven—. ¡Qué pálido está!

—¡Oh, no! Esta vez no son tristes.

—¿Entonces, son alegres?

—Espero que así sean.

—¿Y las debemos a este señor?

—Precisamente.

—¡Gracias, gracias de todo corazón! —dijo entonces Maud, dirigiendo una sonrisa a Guillermo Jones, que sorprendido y emocionado a pesar suyo, se mordía los labios, daba vueltas a su redondo sombrero y se inclinaba para saludar.

—Siéntate aquí, a mi lado —dijo el señor Touchet a Maud, acariciándola— y prepárate para recibir una noticia extraordinaria.

—¿De veras?

—Una noticia increíble.

—¿Pero alegre?

—Sí.

—¿Le han repuesto?

—Mejor todavía.

—¿Han ascendido a capitán a mi novio?

A estas palabras Guillermo Jones estremecióse y dejó escapar un gesto de sorpresa y contrariedad.

—¿La señorita Maud tiene novio? —preguntó.

—Sí —contestó el ex director del presidio de Nou.

—¿Es militar?

—Sí, teniente de infantería de marina; se conocieron en Nueva Caledonia y se casarán en breve.

—¿Sí?

—Sí —prosiguió diciendo el señor Touchet, mientras Maud se ponía encarnada—. El teniente Cipriano Bonnet está a punto de repatriarse, y cuento que pronto sean felices estas dos criaturas que se quieren y que son las únicas que amo en este mundo junto a...

—¿Junto a quién? —preguntó la joven, viendo que su padre no seguía.

—Es que tú ignoras aún lo que yo sé. Dime, hija mía, ¿piensas en tu madre?

—No dejo nunca de pensar en ella y siempre rezo por su alma.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



KH10



POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

LA CONCIENCIA

Castillo

L amor de la lumbre estaban congregados varios chicuelos oyendo las sabrosas pláticas del abuelo Tomás, que cada noche les refería algún cuento o episodio histórico del que pudieran sacar, al propio tiempo que distracción, una enseñanza provechosa.

—¡Abuelo! —exclamaron los niños—, venga el cuento de hoy.

—Que sea tan bonito como el de ayer —dijo una niña rubia como el oro.

—Sí, sí; como el de aquel catalán que se tragaba los guantes como postre.

—No, no; como el del capitán que de una estocada rebanaba quince gigantes por la cintura.

—Hoy —dijo el abuelo— voy a referiros un asunto bíblico. Os voy a contar la historia del primer homicida que hubo en el mundo.

—Ya la sabemos: Caín, que mató a su hermano Abel por envidia de su virtud —dijeron a coro todos los chicuelos, demostrando que aprovechaban las lecciones de su maestro.

—No estáis mal de *Fleury* —dijo el abuelo sonriendo—; pero la historia es muy interesante y no perderéis nada con oírla. Mucha atención, y puesto que todos sabéis quién era Caín, voy derecho al asunto. Habéis de saber...

—Espera, abuelito —interrumpió la niña.

—Sí; pero si me interrumpís de continuo, me ocurrirá lo que al andaluz del cuento.

—¿Qué le ocurrió, abuelito?

—Cuéntenos lo que le ocurrió al andaluz.

—Pues habéis de saber que el tal andaluz había comenzado a contar el cuento de un soldado que iba con licencia hacia su casa. Y tantas veces le interrumpieron los que le escuchaban, que en vez de empezar: «Este era un soldado», empezó: «Este era un general». A lo cual objetó uno: «¿No decía usted que era un soldado?» Y contestó él: «Sí; pero como ha pasado tanto tiempo, ya ha ascendido a general».

—Nosotros no te interrumpiremos, abuelito.

—Pues, silencio.

Apenas Caín hubo dado muerte a su hermano Abel,

sintió en el fondo de su alma como si le hubieran golpeado con la misma arma homicida usada por él.

Levantó los ojos al cielo y vio un ojo brillante que le miraba fijamente.

Para huir de la justicia de Dios, en una noche de tempestad, seguido de su mujer y de sus hijos, escapó de aquel país, cuya tierra había ensangrentado.

A la noche siguiente llegaron al pie de una alta montaña, en donde los hijos, cansados del viaje, le dijeron:

—Padre, descansaremos aquí y dormiremos.

Durmiéronse todos; pero el fraticida, buscando en el cielo consuelo a su pena, levantó la vista y, fijo en él, vio el mismo ojo que se destacaba en la oscuridad.

—¡Huyamos! —gritó, asustado, a su familia.

Levantáronse todos y emprendieron la fuga.

Marchaba Caín con la cabeza baja, causándole miedo el más ligero rumor que escuchase, volviendo siempre la vista atrás, sin dormir ni detenerse un solo instante.

Llegaron por fin a orillas del mar, fin de la tierra, según ellos creían.

—Descansemos aquí —dijo—; este sitio es seguro; hemos llegado a los confines del mundo.

Sentáronse a descansar, dando él, con el ejemplo, la señal, y casualmente miró al cielo, en el cual vio el mismo ojo que le miraba.

Abatido, desesperado, llamó a su hijo Jebel, y le dijo:

—Hijo mío, ármame aquí una tienda.

Satisfizo el hijo los deseos de su

padre, levantando una tienda grande y bien cerrada.

—Entró en ella Caín con su hija Isila, y, una vez dentro, le preguntó ésta:

—¿Todavía lo ves, padre mío?

—¡Todavía lo veo, hija mía! —respondió con desgarrador acento.

Entonces, su hijo Túbal construyó una fuerte barrera, creyendo que detrás de ella estaría seguro, y para alentar a su padre le dijo:

—Ten confianza en mí.

Levantó la barrera, alta como las montañas; pero todo era inútil; el ojo estaba allí.





—¿Lo ves aún? —preguntó Isila.
—Lo veo, hija mía.

Entonces Túbal, ayudado de sus hermanos, construyó una fortaleza gigantesca.

Los muros de aquella fortaleza eran del más puro granito. Sus torres eran elevadísimas, tanto, que con su sombra cubrían toda la comarca.

Una vez terminada, encerraron a su padre en una oscurísima habitación construida en el centro de la fortaleza. En ella estuvo triste e inquieto hasta el día en que Isila le preguntó:

—¿Ha desaparecido, padre?

—¡No; aún me está mirando!... Desde ahora quiero habitar en el centro de la tierra.

Abrieron sus hijos una ancha fosa, y descendió al fondo de aquella bóveda sombría. Apenas había bajado, cerraron sobre su cabeza una gran losa.

Pero cuando se cerró aquélla, quedando incomunicado con el mundo, y levantó su cabeza creyéndose seguro, quedó aterrado, pues allí, en aquella tumba inhabitable, el ojo de la Providencia lo miraba fijamente.

Y allí, Caín, mordido su corazón por los remordimientos, acordándose siempre de su crimen, tenía ante su vista el cadáver de su hermano, sangrando por sus abiertas heridas y gritando con voz débil:

—¡Fratricidal!

Con los ojos cerrados y las manos sobre ellos, todavía seguía viendo a través de los párpados y de los dedos la espantosa escena que por primera vez manchó la tierra de sangre humana, y allí sucumbió torturado por el pesar y aplastado bajo el peso de su propio crimen.

Los malos no pueden ocultarse a la Providencia ni separarse de sus crueles remordimientos.

En cambio, los buenos gozan de inefable paz en esta vida y de dichas sin cuenta en la otra.

—Muy bien, muy bien, abuelito —exclamaron a coro los muchachos. ¿Es

verdad que el tío *Patatuerta* se murió también de remordimientos?

—En primer lugar, hacedme el favor de no nombrar a nadie por motes, que es vicio feo. En este mundo cada uno tiene su nombre, y por él hay que llamarle. Además habéis dicho que el pobre Matías Jaloque, que tales eran nombre y apellido del que nombráis, había muerto víctima de sus remordimientos.



Esto es otra ligereza, porque yo, que lo conocí, puedo aseguráros que Matías fué siempre un buen hombre, incapaz de hacer daño a nadie. Murió de tristeza a causa de una felonía que le hizo un hermano suyo. Figuraos que el pobre Matías entregó a su hermano todo su modesto capital con la condición que se lo devolviera en un año. Al cumplir el plazo, reclamó Matías el cumplimiento de su promesa; pero su hermano tuvo la avilantez de negar la deuda, porque el dinero le había sido entregado sin testigos. En vano le suplicó y lloró Matías, y cuando el asunto fué llevado ante el juez, éste requirió al prestador para que declarase la verdad.



—¿Juráis haber entregado a vuestro hermano la cantidad de diez mil pesetas a condición de que os la devolviera en un año?

—Sí juro —contestó Matías a la pregunta del juez.

—Y vos —añadió el funcionario— ¿juráis no haberlo recibido?

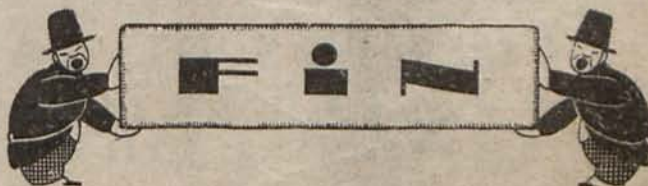
—Juro —repuso el deudor— no haber recibido nada de mi hermano en los trescientos sesenta y cinco días de este año.

Matías lloró más la infamia de su hermano que el dinero, y ya se marchaba lleno de pena, cuando el juez volvió a llamarlos y le dijo:

—Queda demostrado que tanto tú como tu hermano habéis dicho la verdad, porque tú le has entregado el dinero; pero no en los trescientos sesenta y cinco días del año, sino en el trescientos sesenta y seis, porque este año era bisiesto. Devuélvase el dinero a Matías y aplíquese cincuenta azotes a su hermano para que no vuelva a emplear esas argucias con la justicia.

Entonces Matías renunció a cobrar su dinero y se marchó al campo, donde la pena le mató.

Su hermano aún vive; pero el remordimiento le hace sufrir tanto, que la muerte sería para él uno de los mayores beneficios.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero que me expliques cómo se fabrica una pluma estilográfica.
—Para hacer una pluma estilográfica hacen falta varias cosas.
—Ya lo sé.
—¿Sabes qué cosas son?
—No.
—Pues entonces no digas que lo sabes.
—Yo sé, porque así se comprende, que se necesitan varias cosas; pero no sé qué cosas son.
—Pues estas cosas son caucho, azufre, oro, plata, cobre e iridio.
—¿Y nada más?
—Hombre, claro es que hacen falta otras cosas; pero son de carácter accesorio. Lo fundamental es lo que te he dicho.
—Bueno; pues vamos a ver para qué sirve cada uno de esos componentes.
—Empecemos por el caucho. Ya sabes, porque otras veces hemos hablado de él, que el caucho es el jugo que se extrae del tronco de unos árboles que se cultivan en África, América y Asia. En dichos troncos se hacen unos cortes o incisiones y por la herida destila el caucho, que es recogido por unos cubiletes que se sujetan convenientemente al mismo tronco.
—Recuerdo muy bien lo que me estás diciendo.
—Este caucho se lava bien para limpiarlo de impurezas, y luego se le hace pasar por unos rodillos que lo muelen y lo convierten en una pasta casi fluida. Después se procede a la vulcanización.
—No sé lo que es eso.
—La vulcanización del caucho consiste en mezclarlo por medio del fuego con azufre para darle consistencia y rigidez, pues el caucho, por sí solo, es muy elástico, blando y soluble, y no serviría para hacer con él ni las plumas estilográficas ni otros objetos de extraordinaria dureza.
—Bueno; ya tenemos al caucho mezclado con el azufre, ¿qué hacemos ahora?
—La mezcla se ha hecho en tal proporción que permita trabajarla a gusto del operario. En este estado se reduce a láminas delgadas que se cortan en tiras, y éstas se van arrollando en varillas de acero para que tomen la forma de canutos.

—Que son luego los depósitos de las plumas, ¿no es eso?
—Tú lo has dicho. Antes de sacar las varillas de acero del interior de los canutos hay que someter otra vez el caucho a la acción del calor de unos hornos, donde se le adiciona la cantidad de azufre necesaria para que se endurezca del todo. Conseguido esto se sacan las varillas de los canutos y se cortan éstos a las dimensiones que se quiera. Por medio de tornos se hacen los casquillos y las rosas, y se unen después de rematados y pulimentados en la forma que los vemos en el comercio.
—Falta lo principal.
—Sí, señor Chonón; falta la plumilla de oro. Como este metal es también muy blando, hay que mezclarlo con plata y cobre para darle mayor dureza. Para ello se funden los tres metales en un crisol. Luego se echa en moldes donde se enfria y se reduce a láminas muy delgadas, que entran en una máquina donde se van cortando las plumillas.
—Yo he visto que estas plumillas tienen en la punta una gotita blanca de algo así como plomo o estaño.
—Eso que tú has visto es iridio, un metal durísimo que hace muy larga la duración de las plumillas.
—Claro; se explica que así sea, porque la punta es lo que más se desgasta, pues con ella se escribe.
—Una vez colocada esta gotita de iridio, las plumillas son curvadas, hendidas y pulimentadas, y aún pasan a manos de operarios muy expertos, que son los que las aguzan y perfeccionan. De estos últimos y definitivos toques depende el buen resultado de las plumas.
—¿Y cómo pasa la tinta del depósito al punto de pluma?
—Por medio de un estrecho conducto que sólo deja pasar la cantidad de tinta suficiente para que se moje la pluma y no caiga en forma de gotas, porque entonces en vez de escribir lo que haría es emborronar.
—Que es precisamente lo que hace la mía. Mira qué calamidad de pluma me ha tocado en suerte.
—¡Ja, ja! Esto no es una pluma. Es una escobilla.
—¿Y qué haría yo para arreglarla?
—Comprarte otra. Eso no tiene arreglo.
—Pues sí que me das solución, querido buho.
—No hay otra, amigo Chononcito.

N A V I D A D AÑO NUEVO - REYES

EL MEJOR REGALO ES SIEMPRE EL LIBRO

PEDID GRATIS SUS CATÁLOGOS A LA

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28, MADRID,

Y HALLARÉIS LISTA DE LOS FAMOSÍSI-

MOS E IMCOMPARABLES

CUENTOS DE CALLEJA

Y MILES DE LIBROS MÁS,

INTERESANTES, ÚTILES Y AMENOS



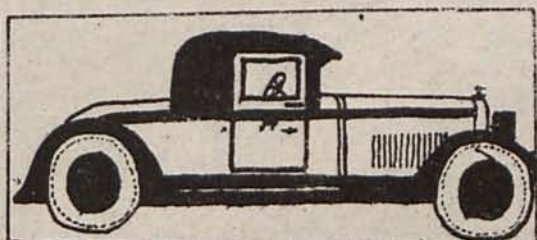
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

=====
 Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.
 =====



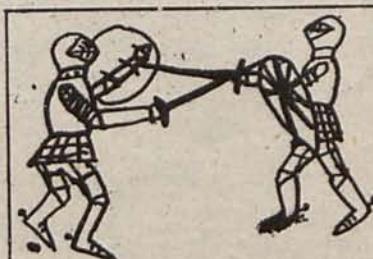
Un guerrero.
R. G.



Un «auto».
JOSÉ M.^a PINAR.



¡Pobre Totito!
FRANCISCO D'HYVER.



Un duelo.
FERNANDO ALBERT.



Un hombre mono.
JAIME ALCOY



—¿Qué estás haciendo?
—Estudiando Derecho.
—¿Cómo puede ser eso, si estás sentado?
JOSÉ COSTA.



—¿Qué carrera vas a seguir?
—La de San Jerónimo.
MIGUEL LECHIGUERO.



—¿Quiere un puesto de jardinero?
—Yo no quiero «dejar dinero, sino que me den dinero».
JORGE V. RADAELLI.



—Llévate este perro, que me muere.
—Suya es la culpa; ¿para qué le enseña esos huesos?
JOSÉ LÓPEZ.



—Vaya a la carnicería y vea si el carnicero tiene sesos.
—Le advierto a la señora que tiene el gorro puesto y no se le ven.
IRENE RAQUEL GRASSI.



—Yo he visto un león a medio metro.
—¿Y no lo has matado?
—Estaba muerto ya.
JOSÉ M.^a PINAR.



El novio de mi tía.
CÉSAR F. LUENGO.



Mi lagar.
RAFAEL SERRANO.



Tom Mix.
JUAN ROS.



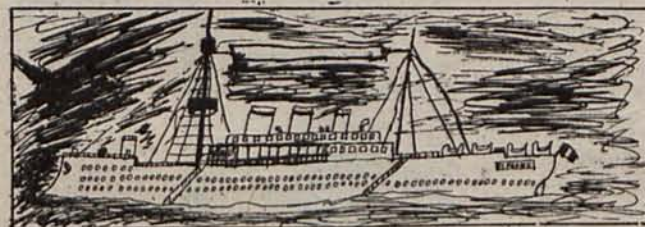
Pinocho.
A. MOLINA.



Morronguis.
JOSÉ M.^a ALVAREZ.



Pinocho, vencedor.
VÍCTOR JOSÉ GIL.

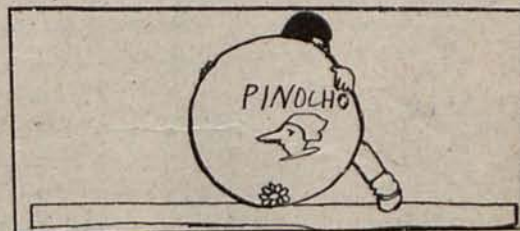


Un trasatlántico.

J. M. PERAS.



Un salvaje.
GUILLERMINA PINTÓ.



Rafaelito no puede con la pelota que sacó en PINOCHO.
MERCEDES REV.



— Toma; parte este rollo y le das la parte mayor a Luisita.
— Pues llamaré a Luisita, y que lo parta ella.
FERNANDO NAVARRO.



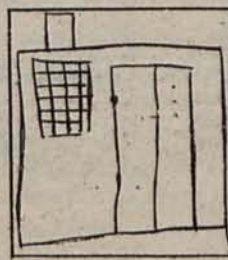
Mi castillo.
LUCIANO ATIENZA.



Mi gato travieso.
EMILIO M. DE MORETA.



Pinocho.
FERNANDO BERNÁLDEZ.



La casa de mi primo.
LUIS SANTUTÉ.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.

¡PERDIDO EN EL BOSQUE!



Este pobre hombre se ha perdido en el bosque. ¡Vedle todo roto y triste! Iba caminando por el bosque cuando salieron cuatro forajidos, cuatro hombres malos, y después de destrozarle el traje en la lucha le robaron, dejándole por muerto. Con mucho trabajo se ha levantado del suelo y camina a la ventura. ¿Dónde se hallan los malhechores?

LABERINTO



Entrad por la puerta señalada con una flecha, y con mucho cuidadito id paso a paso avanzando hasta llegar a la plazoleta o centro indicado con una estrella. Como a medida que avancéis iréis trazando una línea, así os será fácil salir, pues de lo contrario os quedaríais dentro y vuestros papás tendrían un gran disgusto. Os lo aseguro.

DIBUJO CON ERRORES

Cinco errores hay en el presente dibujo. Tres, en el paraguas y uno en cada bota. No dudo los hallaréis pronto, pues son bien fáciles. ¡Son tan pocos, que perdonadme no os diga uno como ejemplo!



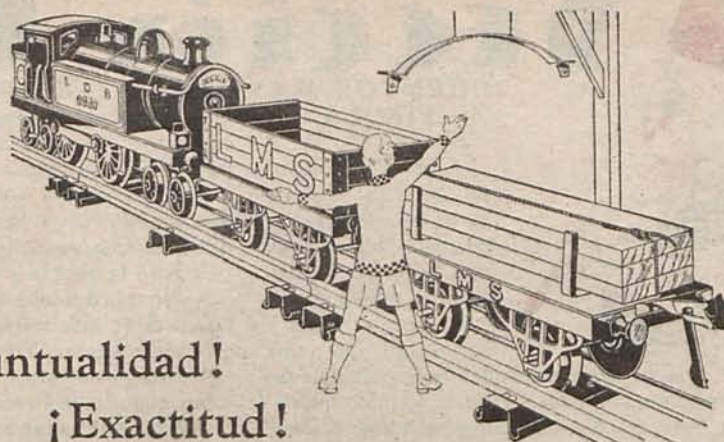
¡NOVEDAD!

El novísimo
librito Hornby



Todo aficionado de ferrocarriles deberá poseer nuestro librito titulado "Como divertirse con un ferrocarril Hornby."

Precio 75 cts. Puede obtenerse en casa de su proveedor o directamente de nuestro agente.



¡Puntualidad!

¡Exactitud!

Las locomotoras HORNBY, aseguran a sus poseedores la más completa confianza.

La serie HORNBY comprende un surtido completo de Material Rodante y Accesorios de Ferrocarriles, Rieles, Desvíos y Cruces.

Con el uso de los componentes HORNBY todo muchacho puede por grados sucesivos llegar a establecer por sí mismo una línea completa de ferrocarril en miniatura, y gobernarlo desde la garita de señales.

Precios desde Ptas. 32.50 hasta Ptas. 200.00

Pídalos por su nombre HORNBY en los principales Bazares y Librerías

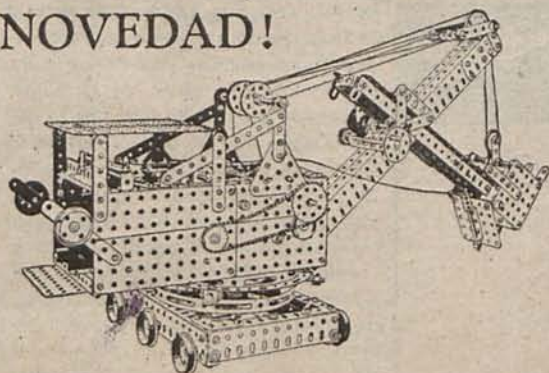
TRENES HORNBY

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección D), Industria 226, Barcelona

Productos de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

¡NOVEDAD!



Libro Gratuito!

Todo niño deberá poseer nuestro nuevo librito titulado "Juguetes de Calidad." Envía una tarjeta postal indicando tus señas así como las de tres de tus compañeros que no poseen un Meccano y a vuelta de correo recibirás un ejemplar.

**AMIGUITOS! SED
INGENIEROS E
INVENTORES!**

Que magnífica diversión ver como poco a poco los modelos MECCANO, suntuosas estructuras esmaltadas en HERMOSOS COLORES, van tomando cuerpo correspondiendo a vuestros gratos esfuerzos. Hay una infinidad de modelos para construir—un nuevo juguete diario si así entra en vuestros deseos—y todo modelo MECCANO funciona. No hace falta ningún estudio previo.

Equipos desde Ptas. 15 hasta Ptas. 1200 en los principales Bazares y Librerías

MECCANO para el año 1927

Agente para España y Portugal:

JOSÉ PALOUZIÉ SERRA (Sección 15), Industria 226, BARCELONA

Producto de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

Ayuntamiento de Madrid

Sección Pirula

Cuentos de Pirula



Una Nochebuena en un reloj.—Allá, en un frío y brumoso país del Norte, vivía una nena que se llamaba Kathleen.

Su pelo era rubio, tan rubio que casi parecía blanco; sus ojos, azules, tan azules que parecían de porcelana transparente, y sus mejillas, frescas y rojas, tan rojas y tan frescas que parecían dos manzanas maduras, brillantes y apetitosas.

Daba gusto y daba alegría ver a la gentil Kathleen, y, sin embargo, ni sus ojos de cielo, ni su cabello de oro pálido, ni sus mejillas de fruta conseguían alegrar la tristeza de la casa en que vivía con sus papás.

¡Eran tan pobres! Y cada día más, pues desde que murió el abuelito, que tan bien sabía llevar los asuntos que les hacían vivir, el negocio iba de mal en peor, y ya en la casita, de tanta miseria como padecían, no quedaba nada; todo lo tenían que ir vendiendo para vivir.

Aquel día, un 24 de diciembre, para poder cenar, el papá de Kathleen había tenido que desprenderse de la única mesa que tenían, y entre las paredes desnudas sólo quedaban ya una silla coja, un tosco escabel, las camas y el reloj.

Este reloj, un viejo reloj de encina, que que estaba en pie, apoyado a la pared y era más alto que un hombre, no lo hubieran vendido los papás de Kathleen por nada del mundo: era un recuerdo del abuelito, lo único que les dejó de herencia al morir.

Kathleen quería mucha al viejo reloj; le hablaba a veces como si hubiera sido una persona; hasta le parecía que al sonar con su vieja voz cascada y vacilante —T... tan, t... tan, t... tan— el viejo reloj la contestaba.

¿He dicho que no había nada más en la casa? Pues se me olvidaba algo: en un rincón había un árbol; nada menos que un árbol de Navidad.

El papá de Kathleen se lo había traído de la selva, donde fué a cortar leña para encender la chimenea, porque Kathleen quería tener también, como todas sus compañeras de colegio, su árbol de Noel.

Claro que el abeto estaba desnudo; ninguna chuchería brillante colgaba de sus ramas; pero eso le tenía sin cuidado a la nena rubia. ¿Acaso no sabía ella que al dar las doce bajaría por la chimenea el buen padre Noel con su barba blanca y su capucha de piel a iluminar y adornar el árbol? Si, se lo habían asegurado sus amiguitas: al día siguiente, Kathleen, encontraría el abeto cubierto de velitas rosas encendidas, guirnaldas de oro y de plata, bombones de mil colores y frutas de cristal.

Y con esta ilusión —también con un proyecto que ya veremos más adelante—, Kathleen, se fué a la cama, no sin dar antes un beso muy fuerte a sus papás.

Estos se quedaron tristemente sentados junto a la lumbre.

—Pobrecilla —suspiró la madre—, se cree que se va a encontrar su árbol adornado. ¡Qué desilusión va a tener! Pero el padre Noel no se molesta por gente tan pobre como nosotros.

—Si, pobrecilla —dijo el padre—, y no es eso lo peor, sino que cuando tenga hambre, ni siquiera tendremos algo que darla de comer.

Y bajó la cabeza para disimular una lágrima.

—No te desesperes —le reprendió su mujer—; no es así como debe celebrarse una noche en que todo ha de ser alegría en la tierra y en el cielo.

Hacia ya un rato que se habían acostado sus papás y dormían, cuando en su camita Kathleen abrió los ojos y murmuró:

—No debe faltar mucho para las doce; ya es tiempo.

Sigilosamente, saltó al suelo, se envolvió en la manta y se dispuso a poner en ejecución su proyecto.

El domingo que viene sabremos lo que hizo la pequeña Kathleen y cuanto a ello siguió; si os lo dijera ahora no me quedaría sitio para indicaros dos recetas de lombarda, ya que seguramente esta exquisita verdura no faltará en vuestra mesa en la cena del sábado próximo. Como podéis ver, he dado a mis dos recetas nombres adecuados a tan solemne día.

PIRULA COCINERA

Recetas de Navidad: «Lombarda Nacimiento».—Se cogen una o dos lombardas, se cortan en cuatro o seis pedazos y se echan en agua hirviendo, donde se dejan un cuarto de hora. Se escurren y se echan en una cacerola en que se haya echado previamente manteca; se aderezan y se cubren con trozos de tocino; se añade caldo o agua y se dejan hervir; cuando han cocido se quita toda el agua y se da a cada trozo de lombarda una forma redondeada; se colocan convenientemente en una fuente, con salsa en el centro. Esta salsa puede ser, por ejemplo, la que sigue:

Se untan con manteca el fondo de la cacerola; se echan trozos de carne de ternera, jamón, perdices, lo que sea; se añade una cebolla, un clavo y una zanahoria cortada en pedacitos; se deja la cacerola en la lumbre, a fuego lento, hasta que la carne tome un matiz rubio oscuro; se le añaden una o dos cucharadas de harina, se mezcla todo y se añade la cantidad de caldo caliente que precisa para que la salsa no quede ni muy espesa ni muy clara; se echa un poco de perejil y tomillo, sal y una hoja de laurel, y se deja hervir durante

cuatro horas a fuego lento; al cabo de este tiempo se retira, se espuma, se le quita la grasa y se le cuela por un colador fino.

Lombarda «Arbol de Noel» con manzanas.—Se pone en una cacerola una lombarda bien lavada, con agua suficiente para cubrirla por completo; se añaden cuatro o cinco manzanas mondadas, cuyos corazones se retiran previamente, manteca de vaca o de cerdo, sal, pimienta y clavo, y se deja hervir durante tres horas a fuego lento; antes de servirse se le echa una cucharada de vinagre, otro tanto de jalea de grosellas y un poco de fécula de patata.

Y ahora, mis queridas lectorcitas, hasta el domingo próximo, en que sabremos cómo pasó la Nochebuena Kathleen, la niña rubia de mejillas tan frescas y coloradas como las manzanas que figuran en mi receta de lombarda «Arbol de Noel».



AVANTO